FAMILIA 44 (2012) 11-22

Las sectas, amenaza y desafío a la familia

Atilano Alaiz
Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas (RIES)

Resumen

Las sectas constituyen un serio desafío a la familia. En este artículo se repasan los factores de vulnerabilidad para la entrada en las sectas que tienen que ver con la institución familiar, el daño que estos movimientos pueden hacerle, la concepción que las propias sectas tienen de la familia (y cómo se organizan en muchas ocasiones como la familia ideal para sus adeptos), y qué papel tiene la familia en la recuperación de las víctimas del fenómeno sectario.

Palabras clave: Familia, Sectas, Problemas de la familia.

Abstract

Cults are a serious challenge to family. Familiar vulnerabilty factors to be capted by a cult are discussed. Damage to family, concept on family and familiar organization into a cult are presented. Also, the role of the family to prevent and recovery people afected by cults is presented.

Key words: family, cults, family problems.

1. Persona sin hogar, persona sin defensa

Hay que empezar reconociendo que, en todas las actitudes y opciones de la persona, uno de los determinantes más decisivos es la gracia o el pecado original de la familia. Desde su rica experiencia de psicólogo, pedagogo y orientador familiar, testimonia Bernabé Tierno: *"El cien por cien de los jóvenes equilibrados, creativos, alegres y abiertos, proceden de familias cohesionadas, donde hay diálogo y calor de hogar"*.

La historia de cada sectario, de cada drogadicto, de cada ludópata o adicto al alcohol suele tener una pre-historia familiar hiriente que le impulsa a refugiarse en experiencias fantasiosas compensatorias. ¿No es, tal vez, está la situación de la gran mayoría de los "casos" que se nos presentan? "En la comunidad cristiana –me confesaba no hace mucho tiempo una joven universitaria ex sectaria– he encontrado lo que nunca he tenido en mi casa, siempre revuelta. He encontrado un lugar donde poder contar mis cosas, tener amigos, y unas pautas de vida que me hacen sentir segura". Por cierto, había sido alumna de un colegio religioso.

Los miembros de la familia desestructurada, tanto los hijos como los esposos, son candidatos fácilmente para las sectas. Ellas les ofrecen (engañosamente, claro) lo que ellos y ellas más ansiosamente anhelan: afecto, seguridad y protección, lo que debería haberles dado su familia y no lo ha hecho.

Son familias más vulnerables al acoso sectario las familias con baja formación religiosa y, sobre todo, con escasa "vivencia" (experiencia) interior. Son vulnerables los chicos y chicas que no han recibido una educación para los valores, las personas que no han encontrado un sentido para la vida, unas razones para vivir, un "por qué" luchar ilusionadamente. "Nos habéis llenado la barriga –increpaban a los adultos con una pintada los jóvenes del 68–, pero no nos habéis dado razones para vivir". Las sectas, de entrada, se presentan ante los jóvenes con retos radicales que les seducen. En este radicalismo está en muchas sectas el secreto de su imantación; es lo mismo que les ocurre a ciertos movimientos racistas. En este sentido, el fenómeno social que presentan las iglesias tradicionales en manifestaciones religiosas aparece amorfo, sin capacidad de encender entusiasmos. Por eso precisamente afirma el gran teólogo alemán J. B. Metz: "El gran desafío que tiene Europa es pasar de una religiosidad burguesa a un cristianismo de seguimiento". Y, por su parte, el genial K. Rahner profetizaba lo que hoy, en gran parte, ya no es profecía, sino cruda realidad: "El cristiano del siglo XXI será un místico o no será cristiano".

Por eso, "entre los factores de vulnerabilidad al proselitismo de las sectas, según el esquema de Asch, confirmado hoy por los estudios

sociológicos sobre las sectas, figura el sistema familiar moderadamente disfuncional:

— Síndrome de "ausencia del padre".

— Carencia de guía, estructura y dirección y límites paternales (la dimisión de la autoridad)

— Carencia de una atención y afecto positivos e incondicionales.

— Pobre comunicación familiar, especialmente el uso de vínculos dobles por parte de los padres.

— Conflicto paterno y materno permanente"[1].

Son sumamente vulnerables las personas y las familias afectadas por la droga, el juego o el alcohol. Asimismo, las que sufren problemas económicos, la que están sin trabajo. Las que están en situación de separación o divorcio. Tienen, pues, en general, una mayor captabilidad las personas pertenecientes a familias sin calor de hogar. "Mis padres eran tan pobres –dice un gran artista de nuestro tiempo– que no pudieron darme una niñez". Un chico o una chica en estas condiciones de desafección es presa fácil de una secta. Como afirmaba Julián García Hernando, "es clara la responsabilidad de no pocos padres en el ingreso de alguno de sus hijos en sectas dedicadas a la captación de la juventud"[2].

Con todo, no se crea que sólo corren riesgo los miembros de las familias desajustadas o con grandes carencias afectivas. Toda persona, por muy ecuánime, satisfecha y centrada que esté en la vida, puede ser víctima de los engaños sectarios. Periodistas, policías e investigadores infiltrados han quedado atrapados en el cepo sectario. "No digas que dirías no a una secta" –titula el padre William Kent Burtner, dominico, experto en el tema de las sectas, un artículo en una prestigiosa revista norteamericana. "No presumas que dirías 'no', por más inteligente que seas. Es muy difícil caer en el diabólico proceso de la manipulación mental y lavado de cerebro, programado por hábiles psicólogos, estar solo ante el peligro y resistir a la agresión despersonalizadora de las sectas". Sobre esto hay que alertar a las familias, sobre esto ha de alertar la familia a sus miembros. No se puede jugar en este campo, porque se pierde, la derrota es casi segura.

[1] Jesús María Vázquez, *Familia y sectas*, Instituto de Sociología Aplicada, Madrid, 1994, 55.

[2] Julián García Hernando, "El fenómeno de las sectas y los nuevos movimientos religiosos", en Id. (dir.), *Pluralismo religioso en España. II. Sectas y nuevos movimientos religiosos*, Atenas, Madrid, 1993, 23-144.

2. Las sectas, amenaza para la familia

Si las familias desintegradas nutren de adeptos a las sectas, las sectas nutren la desintegración de las familias. Esta amenaza es implacable y dramática en el caso de las sectas destructivas; aunque habría que decir, más bien, en la sectas más peligrosas, porque destructivas, en mayor o menor grado, lo son todas. Las sectas destruyen la familia desde muchos aspectos.

En primer lugar porque, como el viejo sistema comunista, las sectas consideran a la familia como sustentadora de ciertos valores "burgueses" que hace difícil que el captable o captado se integre plenamente en ellas. El contrato familiar tiene un gran efecto disuasorio y neutralizante en el proceso de adhesión a la secta.

En segundo lugar, porque para conseguir la adicción total del adepto es necesario lograr que rompa todo otro vínculo afectivo que impida la entrega total en tiempo y energías a la secta, y que impida la fanatización del adepto. La secta quiere llenar por entero el corazón del adepto y para eso hay que arrancarle cualquier otro amor, y en primer término el afecto de sus familiares.

Por eso, en las sectas se desautoriza a la familia; se le hace culpable en gran medida de los sufrimientos y frustraciones del novicio sectario: se le arranca toda esperanza de ayuda por parte de ella. Se deslegitiman los vínculos basados en puras razones biológicas, haciendo hincapié en que lo que importa no es la familia carnal sino la espiritual.

La secta utiliza todos los mecanismos para ahogar los sentimientos de afecto y amor hacia la propia familia carnal. Para ello, los líderes y sus adláteres clavetean en el cerebro del novicio sectario clichés anti-familia: "El amor de tus padres no es más que un puro egoísmo", "tú eres hijo de la naturaleza"; "tus padres no son más que un puro accidente"; "ellos no te quieren, te poseen"; "tú has sido para ellos una hucha, en la que echan para guardar, para que los cuides el día de mañana"; "tus progenitores han cuidado tu cuerpo, pero han descuidado lo más importante, el alma"; "tu pareja sólo está contigo por la seguridad económica que le das, pero es un lastre para ti y para tu evolución"; "no creas ingenuamente en su amor". El miembro captado por una secta desencadena prontamente un sinfín de problemas en la familia. La convierte en un auténtico infierno.

Poco a poco se va llevando al iniciado subrepticiamente a la ruptura de todo vínculo afectivo exterior, en primer lugar, claro, de la familia. De este modo, sin darse cuenta, de la noche a la mañana, el novicio se encuentra en alta mar, sin otro medio de salvación que el barco de la secta y sin otros compañeros y amigos de travesía que los sectarios.

Para lograr ese objetivo, además de desprestigiar a la familia, se le impone al adepto, en la medida de lo posible, la separación física de ella. A eso responden los rápidos y frecuentes traslados de los adeptos que, en muchos casos, son verdaderos secuestros, hasta el punto de perder los familiares su rastro; a esta finalidad responde también el riguroso racionamiento y control de la comunicación con la familia y amistades, que establecen las sectas.

Legitiman el alejamiento desde una mística elitista y maniquea. Los miembros sectarios son los elegidos, los iluminados, los puros. Pero los hijos de la luz son irreconciliables con los hijos de las tinieblas, los hijos de Dios son irreconciliables con los hijos de Satanás. La compañía con los "hijos de la perdición" les contagia su pecado, su mal espíritu. Por eso, desde esta mística, el sectario se lanza a un proselitismo fogoso y agresivo entre los miembros de su familia que desemboca o en su conquista para la secta o en ruptura de relación.

Cuando uno de los miembros de la pareja es adepto de una secta y el otro no, o bien uno convence al otro para dejar la secta o para entrar ambos en ella, o la convivencia se va tornando tan tensa e imposible, que suele acabar rompiéndose de forma definitiva. El cónyuge que suele hacerse adepto a una secta es, naturalmente, el que se ha sentido más victimado en la relación de pareja; pero al contacto con la secta, se envalentona, verificándose en él o en ella un cambio radical: de víctima pasa a ser verdugo en la interrelación conyugal.

El miembro sectario de la familia hace estallar el conflicto también por la actitud absorbente de la secta sobre el adepto, ya que le reclama para sí casi a tiempo completo a través de numerosas reuniones, celebraciones y encuentros, actividades, proselitismo, recogida de fondos, lo que se hace a costa de sustraer a la debida dedicación al cónyuge y a la familia. Lo mismo hay que decir de los recursos económicos, con respecto a los cuales todos sabemos que las sectas son insaciables. Dado el énfasis que ponen muchas sectas en la inminencia del fin del mundo, hay que desviar todos los fondos posibles para la secta, que es la clave de la salvación final. La economía familiar se resquebraja y surgen los conflictos entre los miembros sectarios y no sectarios de la familia. En esas situaciones, el miembro sectario suele propiciar la separación, en el caso del matrimonio, con la condición de que se le deje en buena situación económica para poder seguir ayudando a la secta.

La convivencia pacífica en el seno de una familia en que hay algún miembro sectario es casi imposible, por otra parte, por su actitud cerril, que le incapacita para el diálogo y la aceptación de otras formas de entender la vida. De este modo, la pertenencia de algún miembro de la familia a algún grupo sectario provoca en ella choques en cadena que terminan desintegrándola. Así es como alrededor de dos millones de españoles están afectados por el efecto carambola de estar un miembro de la familia "enganchado" en una secta.

En un Encuentro Nacional sobre Sectas celebrado en diciembre de 1994, Francisco Azcona San Martín nos ofreció los resultados de una encuesta realizada entre personas cualificadas en estudios sociales. La experiencia del contacto con familiares de adeptos a las sectas confirma hoy la peligrosidad de las sectas para la salud familiar.

El 75,5% de los encuestados afirmaba que el ingreso de uno de los cónyuges en una secta provoca inevitablemente enfrentamientos familiares. El 19,7% arrastra a la pareja a la pareja a la separación (creo que el porcentaje de la encuesta se queda bastante corto con respecto a la realidad que se vive actualmente, en el año 2011). El 58,4% opina que la pertenencia a una secta de un miembro de la familia provoca inexorablemente conflictos de relación entre padres e hijos.

Sólo el 0,7% afirma que la secta ayuda a ser mejores familias. Sin duda, el escasísimo porcentaje de los que afirman esto lo hacen pensando en familias en las que todos sus miembros están integrados en la misma secta y en familias que previamente a su integración en la secta estaban enteramente desbarajustadas. En consecuencia, hay que afirmar que, en general, las sectas son una amenaza grave para la familia. Casi la totalidad de las sectas la consideran su rival.

3. Situación de la familia en las sectas

Es obvio que no se puede dar un diagnóstico único sobre la situación de la familia en las sectas. Siendo tantos y tan diversos los grupos sectarios, necesariamente la situación es variopinta, pero, con todo, es común la depreciación teórica y real que sufre la familia en todos ellos. Ya indiqué anteriormente las motivaciones comunes a todos. La secta es propuesta como el absoluto para el adepto. Si la familia constituye un obstáculo, se la destruye; si todos los miembros están integrados en ella, se la instrumentaliza para reforzar la adhesión a ella.

El divorcio es un hecho normal en muchas sectas. Muchos fundadores se han divorciado. En los Testigos de Jehová, por ejemplo, se instiga al divorcio si el cónyuge no deja de pertenecer “a los hijos de las tinieblas y pasa a pertenecer a los hijos de la luz” (asegurando, eso sí, una buena pensión con la que pueda seguir ayudando al Salón del Reino). “Moisés David” (David Brandt Berg), fundador de los Niños de Dios (hoy Familia del Amor), defiende la poligamia (“Jesús no dijo nunca nada en contra de ella”).

Algunas sectas funcionan en régimen de comuna en las que existe la promiscuidad sexual (Niños de Dios o Familia del Amor, Ágora, Misión Rama-Comando Ashtar, Arco Iris, Bhawan Rajneesh). Algunas defienden nuevas formas de familia, o matrimonio revolucionario (Alfa-Omega, Ananda Marga/Camino de la felicidad). La Iglesia de la

Unificación (Moon) propugna la ruptura de vínculos familiares y del matrimonio impuesto o tradicional.

El matrimonio y la familia tradicionales son para la mayoría de ellas estructuras puramente convencionales. La persona se casa con Dios y su obra. "Hay que poner todo en común, también la mujer y el marido –defiende, de hecho, la secta Los Niños de Dios (la Familia del Amor)–. En esto consiste el verdadero amor. Tenemos el amor y no estamos bajo la ley". En consecuencia, una misma madre tiene a veces hijos de tres o más padres, como en el programa de televisión "¿Quién sabe dónde?", donde apareció hace años una adepta de este grupo residente en Chile y a quien los padres estuvieron mucho tiempo tratando de localizar. Esta promiscuidad en las sectas más radicales persigue el objetivo de que los niños, al no ser de nadie, sean propiedad de la secta, con lo que se pretende el crecimiento biológico de la misma.

En bastantes de ellas el líder tiene derecho sexual sobre los adeptos. En Misión Rama se profesa la sumisión sexual al líder. Y lo mismo sucede en otros grupos: "Algunos testimonios aseguran que Engelmajer (El Patriarca) se jacta de dormir cada noche con una de las chicas. Este pequeño patriarca octogenario cree, según algunos de sus denunciantes, que la chica que no pasa por su cama no está curada, y esta máxima vale tanto para mayores como para menores de edad".

En algunos grupos sectarios la relación sexual con el líder constituye un gran privilegio, dado que el líder es un dios o está en estrecha comunión con la divinidad; el adepto/a participa de la intimidad divina "en" o "a través de" la relación sexual con el líder.

Fue estrepitoso el caso, años atrás, de la secta CEIS. "El ministerio público y los familiares de los adeptos –informaba la prensa– acusan a los responsables de CEIS (Centro Esotérico de Investigaciones) de prostituir a sus seguidores y de corrupción de menores, además se le acusa de ejercer psicología sin ninguna clase de titulación oficial, por lo que el colegio de psicólogos se ha personado en la vista como acusación particular". En el juicio contra la misma secta la Fiscalía presentó cintas en las que se escuchaba la voz que, presumiblemente, correspondía a Clavero. En ella realizaba un sorteo para saber con quiénes con quienes se acostaban esa noche las mujeres"[3].

Son numerosas las sectas que utilizan el sexo como gancho para la captación de adeptos y para financiar su propio funcionamiento. Entre ellas se encuentran Ágora, Arco Iris, CEIS (Centro Esotérico de Investigaciones), Edelweiss (Boinas Verdes), La Comunidad (Partido

[3] *El Sol*, 23/06/90.

Humanista, Verdes Ecologistas, de “Silo”), Los Niños de Dios (Familia del Amor), etc.

En algunos grupos sectarios la formación de pareja, la relación sexual, cuándo y con quién, el número de hijos (Hare Krisna, por ejemplo), no son opciones sino que vienen impuestos por el líder. El tema “sexo y sectas” se merece un libro. De verdad.

4. Organización desde el paradigma de la familia

Las mismas sectas, que desautorizan, desprestigian y atentan contra la familia, paradójicamente se organizan desde el modelo familiar. Pero no de la familia normal, dialogante, sino de la sumamente autoritaria. Su sistema de organización, como todos sabemos, es piramidal, jerárquico y cerrado.

El líder o gurú es y asume las funciones de padre; su compañera, o la secta, son la madre; los miembros o adeptos son los hijos, y los no adeptos son los enemigos. El adepto es, pues, el hijo menor, con todas las consecuencias; se cultivan en él los sentimientos de obediencia ciega, de sumisión infantil, de dependencia afectiva del líder, creando en torno a él una aureola de salvador, cosa fácil sobre todo en los que han sido rehabilitados de alguna adicción, sea la droga, el alcohol o el juego[4].

Así pues, se le presenta la secta al adepto como “familia ideal”, sustancialmente distinta de la carnal –según ellos– “tarada de conflictos”. El adepto se siente encandilado por esta imagen idílica. Y eso le lleva a acatar como únicos padres y hermanos a los sectarios. Ésta es su verdadera familia. La “biológica” no es nada, no ha de significar nada para él. Las sectas, al mismo tiempo que destruyen los vínculos familiares, se presentan ante los candidatos como “cálido hogar”; para los que lo tienen, el “nuevo” hogar ventajosamente sustitutorio; y para los que nunca lo tuvieron, se les presenta como el hogar que necesitaban, “secretamente añorado”.

Numerosos grupos sectarios han adoptado un nombre que hace referencia a su estructura familiar. Así tenemos: Familia del Amor (Los Niños de Dios), Hijos de Dios, Familia para siempre (“Forever Family”), Madre-Amor-Padre, Familia del Amor (Iglesia de Armagedón), etc.[5]

[4] Cf. Álvaro Rodríguez y Sergio González, *Fenómeno sectario y drogodependencia*, Grup Igia, Barcelona, 1989.

[5] Para ver otros ejemplos, cf. Manuel Guerra, *Diccionario enciclopédico de las sectas*, BAC, Madrid, 1998, 281-282.

5. La familia afectada por el fenómeno sectario

Lo importante es prevenir a toda costa, alertar para que ningún miembro de la familia sea atrapado por las sectas. ¡Con lo fácil que resulta alertar contra las sectas y con lo difícil que es liberarse de ellas! ¡Con los dramas y sufrimientos que se podrían ahorrar abriendo los ojos de los miembros de la familia para no ser cazados y captados por las sectas!

Los padres deben alertar a sus hijos jóvenes y adolescentes del peligro sectario. Es absurdo que vengan los padres desencajados por la desesperación porque su hijo se ahoga en la secta, cuando podrían haber informado con anterioridad para que no cayera en las aguas borrascosas. Hasta ahora los temas sobre los que los padres debían informar y prevenir eran la droga, las malas compañías, y el sexo. Ahora habrán de anotar el de las sectas. La existencia de un miembro sectario en la familia supone un problema casi tan grave como la de un drogodependiente.

Hay muchos adolescentes y jóvenes ingenuos, contactados por las sectas, por los Testigos de Jehová, sobre todo, que te preguntan con candidez: "Pero los Mormones, los Testigos de Jehová, la Comunidad del Espíritu Santo ("Iglesia Universal del Reino de Dios")… ¿son una secta?". Esta ingenuidad les puede costar muchos quebraderos de cabeza a ellos y a sus familias. Deberían estar informados los padres para poder informar a los hijos. Son conocidas la reacciones desesperadas de padres que, con absoluta ignorancia, alentaron con entusiasmo a sus hijos para que se integraran en grupos de montañeros, que no eran otra cosas que casas de prostitución con la fachada y el rótulo de institución formativa.

Si, de hecho, existe en la familia un miembro adepto a una secta, sobre todo si es destructiva, ella tiene que tener en cuenta que el problema la desborda y que no podrá afrontarlo felizmente sola. El psicólogo José María Baamonde, uno de los fundadores de la Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas (RIES), afirmaba que en las familias afectadas por las sectas se produce "un estado caótico y de confusión general", y señalaba estos síntomas y sentimientos como los más comunes: culpabilidad, vergüenza, miedo, acusaciones, impotencia, desesperanza y amargura, soledad, dudas y ambivalencia, rabia e impulsividad, rechazo y, por último, abandono y claudicación[6].

Deplorablemente, la gran mayoría de padres no están preparados para el diálogo con las sectas ni con los hijos sectarios. Es demasiado profunda la huella que deja una secta destructiva en sus

[6] Cf. José María Baamonde, *La manipulación psicológica de las sectas*, Paulinas, Madrid, 2003, 89-101.

adeptos, que siempre se tornan “adictos”. La tarea de modificación de la personalidad de un ex sectario requiere tiempo, técnicas y programas adecuados. Los efectos producidos por las sectas tienen consecuencias sociales, físicas, psíquicas y sexuales. Por eso el tratamiento ha de ser multiprofesional. Es ingenuo dejar en manos de los padres o médicos o psicólogos o educadores, la modificación de los códigos de valores (en este caso, contravalores) que imbuye toda secta destructiva en sus seguidores. Por eso se aconseja a los padres que consulten directamente a las asociaciones o expertos del fenómeno sectario. Lamentablemente, tanto unas como otros son escasos, no sólo en España, sino también en la mayoría de las otras naciones. La lucha en solitario está inexorablemente abocada al fracaso. Es imprescindible asociarse frente a la secta como se ha hecho, aunque tardía y perezosamente, contra la droga. Una vez me confesaba un jefe de policía del departamento de la lucha contra las sectas: “Gran parte de la sociedad y la inmensa mayoría de los padres y de las familias está todavía en el limbo en lo que respecta el problema sectario. Vienen a nosotros a pedir auxilio y a llorar desconcertados su drama”.

Pero, de cualquier modo, para el proceso de rehabilitación del adepto-adicto es necesaria la responsabilización y la colaboración de la familia o del núcleo de personas cercanas al afectado. Es necesaria la colaboración para las diversas etapas del proceso: para la “detección” del problema, para la “solicitud” de ayuda, para el “acompañamiento” y para la primera etapa “pos-sectaria” del paciente. Abordar un problema sectario –afirman unánimemente los expertos en sectas– requiere la implicación absoluta del círculo familiar –y también de las amistades, si es posible– del sujeto. Hay trabajo para todos, y nadie puede ni debe hacerlo por ellos.

6. Acompañamiento familiar en el proceso de rehabilitación del adepto-adicto

A partir de las primeras experiencias que un miembro de la familia tiene con su grupo sectario, los familiares pueden detectar algunos cambios que se dan en el mismo. Cambios que pueden afectar a sus relaciones, a su forma de pensar y sentir, con respecto a su trabajo, sus compañías, vestido, dietas, lenguaje, etc. En cuanto la familia ha detectado algunos de estos cambios, ha de “definir” el problema. Ha de preguntarse: ¿es un problema debido a su relación con alguna secta? Es importante advertir que, si se trata de un problema sectario, cuanto antes se defina, mejor, ya que de este modo será más fácil la solución, si se detecta antes de que haya sido captado definitivamente o de que el mucho tiempo de adhesión a la práctica sectaria haya impreso carácter en su psicología.

La familia, los padres, han de lanzar a los expertos e instituciones especializadas el grito de socorro. Ellos, en los encuentros periódicos y en las sesiones de orientación, les indicarán las acciones que han de emprender a distintos niveles: psicológico, judicial, policial, y con respecto al comportamiento que han de adoptar en el acompañamiento durante el proceso de rehabilitación. Por eso no tiene sentido indicarlo pormenorizadamente aquí. Los especialistas lo irán señalando según las situaciones concretas del afectado y su entorno familiar. Algunas instituciones de asesoramiento y ayuda a las que se puede recurrir son:

— Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas (RIES). Secretaría para España: ries.secr@gmail.com. Secretaría para Iberoamérica: ries.america@gmail.com.

— Servicio de Ayuda y Estudio del Sectarismo (SAES), dependiente del Centro Ecuménico “Misioneras de la Unidad” de Madrid: www.centroecumenico.org.

— Atención e Investigación de Socioadicciones (AIS): ais@ais-info.org.

El especialista y la organización irán dando orientaciones concretas a la familia del afectado. Por eso sólo pretendo apuntar unas orientaciones generales.

a) La familia ha de asumir abiertamente el hecho de que uno de sus miembros está en una secta, sin tratar de engañarse a sí misma y a los demás.

b) Que el más indicado reúna a la familia y explique con claridad la situación, concitando la necesaria colaboración de todos, incluidos los amigos íntimos del afectado. Es preciso constituir una piña fuertemente unida. La tarea es ardua y es imprescindible el apoyo mutuo. Es contraproducente empeñarse en dramatizar más y más la situación y obsesionarse por ella.

c) Es preciso procurar el restablecimiento o reforzamiento de los lazos afectivos y la comunicación de la familia y de los amigos con el afectado y de la familia entre sí.

d) Es inútil intentar la ruptura del adepto con la secta destructiva adoptando simplemente, sin más, una actitud condescendiente o descalificadora. Las dos posturas recrudecen la situación.

e) Es enteramente contraproducente el enfrentamiento con el adicto, el desprecio a su grupo sectario y a sus tácticas de manipulación; pero, en cambio, es constructivo hacer una crítica prudente y respetuosa.

f) Resulta inútil intentar convencer a un sectario a fuerza de argumentos racionales. Ha sido adoctrinado por la vía emocional y los motivos de su adicción son básicamente emocionales. Se requieren unas estrategias de comunicación indirecta y mucho más sutil para lograr que alguna argumentación de peso contraria a la secta llegue a calar en su ofuscada personalidad.

En gran número de pacientes, el precio ineludible de su rehabilitación es la terapia del sistema familiar. Con frecuencia, la desgracia de tener un miembro "enganchado" en una secta es portadora de una gracia. "Esta desgracia de tener el hijo en la secta –me han confesado muchos padres– nos ha hecho cambiar muchísimo a la familia".

Antes de terminar es preciso señalar que hace tiempo se empleó una técnica denominada "desprogramación", que básicamente consistía en el secuestro del adepto –por parte del terapeuta y con la ayuda de la familia– para realizar un proceso inverso a lo que habría sido la "programación sectaria" anterior. Ha sido una práctica muy criticada por su falta de respeto a los más elementales derechos humanos, y se ha sustituido por otras técnicas como el denominado "exit counseling"[7].

[7] Cf. David Clark, "Exit-counseling", en *Grupos totalitarios y sectarismo. Ponencias del II Congreso Internacional*, AIS, Barcelona, 1994, 107-112. También la perspectiva crítica en César Vidal, *El infierno de las sectas*, Mensajero, Bilbao, 1989, 168-169.